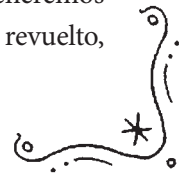
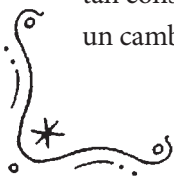




2

EL DESAYUNO ESTÁ SERVIDO EN EL comedor cuando llegamos y los criados ya han desaparecido. Las puertas francesas están ampliamente abiertas, así que la luz difusa de la mañana ingresa por la galería, y las cortinas de encaje se inflan hacia adentro cuando el viento las alcanza. La luz resplandece en las incrustaciones de oro sobre las volutas húmedas por el rocío.

Madre parece haberse levantado hace horas, lleva un vestido azul y su encantador cabello oscuro recogido en un esmerado rodete. Paso con rapidez los dedos sobre mi pelo, intentando darle la apariencia descuidada que me gusta: apuesto al estilo de “estaba así cuando desperté”. Frente a ella, sentados a la mesa, la tía y el tío de Percy están serios y callados. Hay comida suficiente para alimentar un ejército desplegada ante los tres, pero mi madre solo está cascando un huevo hervido en una copa de porcelana holandesa: ha estado haciendo un esfuerzo valeroso por recuperar su silueta desde que el Goblin la destrozó; y los tutores de Percy están consumiendo apenas café. Es probable que Percy y yo no generemos un cambio muy notorio en la mesa. Todavía siento el estómago revuelto,



y Percy es quisquilloso con la comida. Dejó de comer carne hace un año, como una suerte de Cuaresma extendida, alegando que era por su salud, pero aún se enferma con mucha más frecuencia que yo. Es difícil ser comprensivo cuando, desde que adoptó ese hábito, le he pedido que, al menos, me dé una explicación mejor. Creo que su dieta es absurda.

La tía de Percy extiende una mano cuando ingresamos, y él la toma. Los dos tienen los mismos rasgos delicados que el padre de Percy en sus retratos: nariz delgada y huesos elegantes, aunque Percy posee cabello negro y grueso que crece en rizos abundantes que desafían las pelucas, las coletas y cualquier cosa que se acerque a la moda. Él ha vivido con su tío y su tía toda la vida, desde que su padre regresó de la propiedad familiar en Barbados con malaria, su violín francés y un hijo pequeño con la piel del color del sándalo y, pocos días después, falleció. Afortunadamente para Percy, sus tíos lo adoptaron y, afortunadamente para mí también, si no, quizás nunca nos hubiéramos conocido. Eso habría sido un destino peor que la muerte.

Mi madre levanta la vista cuando entramos y suaviza las arrugas que rodean las esquinas de sus ojos como si fueran pliegues en un mantel.

–Y los caballeros se despiertan.

–Buenos días, madre.

Percy le hace una pequeña reverencia antes de tomar asiento, como si fuera un invitado formal. Es una farsa ridícula para un muchacho que conozco mejor que cualquiera de mis hermanos de sangre. Y quien, además, me agrada mucho más.

La hermana presente no da señales de percibir nuestra llegada. Tiene una de sus novelas eróticas apoyada contra un frasco de cristal lleno de dulce y un tenedor entre las páginas para mantenerlo abierto.

–Eso te derretirá el cerebro, Felicity –digo mientras me dejo caer en el asiento, a su lado.

–No tan rápido como lo hará el jerez –replica sin alzar la vista.

Mi padre, gracias a Dios, está ausente.

–Felicity –musita mi madre con la vista baja–. Quizás deberías quitarte las gafas en la mesa.

–Las necesito para leer –dice mi hermana, con los ojos aún clavados en su libro indecente.

–No deberías siquiera estar leyendo. Tenemos invitados.

Felicity lame su dedo y pasa de página. Madre frunce el ceño con la vista en los cubiertos. Me sirvo una rodaja de pan tostado de una bandeja de plata y me acomodo para observarlas discutir. Siempre es agradable cuando atacan a Felicity en lugar de a mí.

Madre mira con rapidez a Percy, que está en el extremo opuesto de la mesa; su tía está palpando una quemadura de cigarro bastante visible en el puño trenzado del abrigo de su sobrino.

–Esta mañana, una de mis criadas encontró tus pantalones en el clavecín –me dice en tono confidencial–. Supongo que son los mismos que vestías anoche cuando dejaste la casa.

–Qué... extraño –digo. Creí que los había perdido mucho antes de que regresáramos a casa. Tengo el recuerdo repentino de haberme quitado la ropa mientras Percy y yo nos tambaleábamos por el vestíbulo a altas horas de la madrugada y de desperdigarla detrás de mí, como árboles caídos–. Por casualidad no encontró también un zapato, ¿verdad?

–¿Querías que empacaran esos pantalones?

–Estoy seguro de que tengo más que suficientes.

–Quisiera que al menos hubieras mirado lo que enviaron.

–¿Para qué? Puedo pedir que traigan lo que sea que haya olvidado, y conseguiremos nuevas prendas en París.

–Me genera ansiedad pensar en enviar tus pertenencias elegantes a un apartamento francés desconocido, con un personal extraño.

–Padre se ocupó del apartamento y del personal. Reclámale a él si te inquieta.

–Me inquieta que ustedes dos estén solos en el Continente durante un año.

–Bueno, deberías haber mencionado esa preocupación un poco antes del día en que partimos.

Mi madre frunce los labios y vuelve a golpetear el huevo.

De pronto, como un demonio invocado, mi padre aparece en la entrada del comedor. Mi pulso se dispara y me dispongo a comer el pan tostado, como si la comida pudiera ocultarme mientras su mirada deambula por la mesa. Su cabello dorado está peinado hacia atrás en una coleta tirante, del modo que el mío podría lucir si no pasara la mayor parte de su vida despeinado por los dedos de las jóvenes interesadas.

Noto que ha venido a buscarme, pero primero enfoca su atención en mi madre, solo lo suficiente para darle un beso en la coronilla antes de atacar a mi hermana.

–Felicity, quítate esas malditas gafas.

–Las necesito para leer –replica ella sin alzar la vista.

–No deberías leer en la mesa de desayuno.

–Padre...

–Quítatelas de inmediato o las partiré a la mitad. Henry, quisiera hablar contigo.

Oír mi nombre de pila en boca de mi padre me fastidia tanto que hago una mueca de dolor. Compartimos ese *Henry* abominable, y cada vez que él lo pronuncia, aprieta levemente los dientes en una mueca, como si se arrepintiera profundamente de mi bautismo. En parte esperaba que él y mi madre también llamaran “Henry” al Goblin, con la esperanza de legarle el nombre a alguien que aún tuviera la posibilidad de probar ser digno de él.

–¿Por qué no te sientas y desayunas con nosotros? –dice mi madre.

Padre tiene las manos sobre los hombros de ella, y ella coloca una de las suyas sobre la de él, intentando arrastrarlo a la silla vacía a su lado, pero él se aleja.

–Necesito hablar en privado con Henry –saluda con un movimiento de cabeza a los tíos de Percy y apenas los mira; los saludos adecuados no son para los miembros inferiores de la nobleza.

–Los muchachos se marchan hoy –intenta nuevamente mi madre.

–Lo sé. ¿Por qué otro motivo querría hablar con Henry? –mira con el ceño fruncido en mi dirección–. Ahora, si no te importa.

Lanzo mi servilleta sobre la mesa, lo sigo y salimos de la habitación. Cuando paso junto a Percy, él me mira y su boca se tuerce en una sonrisa compasiva. Las pecas sutiles que tiene desparramadas bajo los ojos se alzan. Cuando paso, le doy un golpecito afectuoso en la nuca.

Sigo a mi padre hasta su sala de estar. Las ventanas están abiertas de par en par, las cortinas de encaje proyectan sombras entramadas sobre el suelo y, desde el patio, ingresa el perfume empalagoso de las flores primaverales que agonizan. Padre toma asiento en su escritorio y hojea los papeles que están apilados allí. Por un segundo, creo que volverá a enfocarse en su trabajo y dejará que me sienta y lo observe como un imbécil. Tomo un riesgo calculado e intento tomar el *brandy* sobre el aparador, pero mi padre dice “Henry” y me detengo.

–Sí, señor.

–¿Recuerdas al señor Lockwood?

Alzo la vista y noto que hay un dandi de apariencia intelectual parado junto al fuego. Es pelirrojo, tiene mejillas rojizas y una barba despareja decora su mentón. Había estado tan concentrado en mi padre que no había notado su presencia. El señor Lockwood me hace una breve reverencia, y las gafas se deslizan por su nariz.

–Milord. Estoy seguro de que nos conoceremos mejor los meses próximos, cuando viajemos juntos.

Me gustaría vomitar en sus zapatos con hebilla, pero me contengo. No había querido un cicerone, principalmente porque no me interesa ninguna de las cosas intelectuales que se supone que un guía le enseña a quienes tiene a cargo y, además, soy más que capaz de encontrar mi propia diversión, en especial si tengo a Percy a mi lado.

Padre amarra con un listón de cuero los papeles que estuvo manipulando y se los entrega a Lockwood.

–Documentos preliminares. Pasaportes, cartas de crédito, certificados de buena salud, presentaciones para mis conocidos en Francia –Lockwood guarda los papeles dentro de su abrigo y padre voltea para mirarme, con un codo apoyado sobre su escritorio. Deslizo las manos entre mis piernas y el sofá.

»Siéntate derecho –replica–. Eres lo suficientemente bajo sin necesidad de encorvarte.

Con un esfuerzo superior al que debería llevar, endezco los hombros y lo miro a los ojos. Él frunce el ceño, y yo por poco no me encorvo de nuevo.

–¿De qué crees que quiero hablarte, Henry? –pregunta.

–No lo sé, señor.

–Bueno, adivina –bajo la vista, lo que sé que es un error, pero no puedo evitarlo–. Mírame cuando te estoy hablando.

Levanto la mirada y me concentro en un punto sobre su cabeza para no tener que mirarlo directamente.

–¿Quería hablar de mi año en el exterior?

Él pone los ojos en blanco, un movimiento corto hacia arriba que dura lo suficiente para hacerme sentir como un maldito bobo y mi temperamento estalla: *¿para qué hizo una pregunta tan obvia si solo iba a*

burlarse de mí cuando la respondiera? Pero permanezco en silencio. Un sermón se está cerniendo en el aire como una tormenta eléctrica.

–Antes de tu partida, quiero estar seguro de que comprendes a la perfección las condiciones de este Tour. Todavía creo que tu madre y yo somos unos tontos por consentirte siquiera un poco más de lo que ya lo hemos hecho desde que te expulsaron de Eton. Pero, en contra de mi buen juicio, te doy este año para que encuentres el rumbo correcto. ¿Me comprendes?

–Sí, señor.

–El señor Lockwood y yo hemos conversado acerca del que creemos que es el mejor procedimiento para tu tiempo en el exterior.

–¿Procedimiento? –repito, mirando a uno y luego al otro. Hasta ese momento, había creído que teníamos un acuerdo de que este año era para que yo hiciera lo que me plazca, con un guía que organizaría las cosas molestas como el alojamiento y la comida; pero que, más allá de eso, Percy y yo tendríamos carta blanca.

El señor Lockwood carraspea de un modo bastante notorio, avanza hacia la luz que ingresa por la ventana y luego retrocede de inmediato, parpadeando por la molestia que le produce en los ojos.

–Sus padres han colocado su bienestar en mis manos como su cicerone y tengo la intención de tomarme esa responsabilidad con gran seriedad. Su padre y yo hemos hablado de su situación y, bajo mi tutela, no hará apuestas, el tabaco será limitado y por supuesto que no habrá ningún cigarro.

Bueno, esto no suena nada bien.

–No habrá visitas a ningún antro de perdición –prosigue–, ni a ningún establecimiento sórdido de ninguna clase. Nada de relaciones inapropiadas con el sexo opuesto. Nada de fornicación. Nada de pereza ni de dormir excesivamente hasta tarde.

Estoy comenzando a sentir que él está nombrando los siete pecados capitales, en el orden ascendente de mis favoritos.

–Y –dice, dando el golpe de gracia–, licores solo en consumo moderado.

Estoy listo para quejarme ante esto, hasta que veo la mirada severa de mi padre.

–Y yo confío completamente en el juicio del señor Lockwood –afirma–. En el viaje, él hablará por mí.

Un sustituto de mi padre: exactamente lo último que necesito que me acompañe al Continente.

–Cuando tú y yo volvamos a vernos –continúa–, espero que estés sobrio, estable y –mira a Lockwood, como si estuviera inseguro de cómo expresar lo siguiente con tacto– discreto, como mínimo. Tus ridículos llamados de atención se terminarán, y comenzarás a trabajar conmigo en la administración de la propiedad y de la herencia.

Preferiría que me arrancaran los ojos con tenedores de postre y me los hicieran tragar de un bocado, pero parece que es mejor que no se lo comunique a él.

–He armado el itinerario junto a su padre –dice Lockwood mientras extrae un pequeño anotador del bolsillo y lo consulta entrecerrando los ojos–. Comenzaremos en París durante el verano...

–Tengo unos colegas que quiero que visites allí –interrumpe mi padre–. Relaciones que serán importantes cuando estés a cargo de la propiedad. Y he organizado que acompañes a nuestro amigo, el embajador Lord Robert Worthington y a su esposa, a un baile en Versalles. No me avergonzarás.

–¿Cuándo lo he hecho? –susurro.

En cuanto lo dije, siento que ambos revisamos la biblioteca mental que contiene cada incidente en el que he avergonzado a mi padre. Es un

catálogo extenso. Sin embargo, ninguno de los dos lo menciona en voz alta. No ahora que el señor Lockwood está aquí.

Con torpeza, Lockwood elige resolver el silencio incómodo pretendiendo que no existe.

–Desde París, continuaremos hacia Marsella, donde llevaremos a su hermana, la señorita Montague, a la escuela. Ya he organizado el alojamiento hasta ese punto. Pasaremos el invierno en Italia; he sugerido Venecia, Florencia y Roma, y su padre está de acuerdo. Después, Ginebra o Berlín, dependiendo de la nieve en los Alpes. De regreso, recogeremos a su hermana y los dos estarán en casa para el verano. El señor Newton se dirigirá solo hacia Holanda, a la escuela.

El aire en la habitación está caliente, y me hace sentir irritable. O quizás tengo derecho a un poco de irritabilidad porque todo ese sermón es una despedida amarga y, sobre todo, porque todavía me causa bastante pánico el hecho de que, al final de todo esto, Percy asistirá a la maldita escuela de leyes en la maldita Holanda y yo me separaré realmente de él por primera vez en mi vida.

Pero entonces, mi padre me dedica una mirada gélida y yo bajo la vista.

–Bien.

–¿Disculpa?

–Sí, señor.

Padre me mira con severidad, con las manos cruzadas ante él. Por un momento, ninguno habla. Afuera, en la entrada, uno de los lacayos increpa a uno de los peones para que se mueva más rápido. Una yegua relincha.

–Señor Lockwood –dice mi padre–, ¿podría por favor darme un momento a solas con mi hijo?

Como si fueran uno, mis músculos se tensan con anticipación.

De camino a la puerta, el señor Lockwood se detiene un segundo a mi

lado y me da una palmada corta en el hombro que es tan firme que me sobresalta. Esperaba que el golpe proviniera de la dirección completamente opuesta y que fuera significativamente menos amistoso.

–Lo pasaremos excelente, milord –dice Lockwood–. Escuchará poesía y sinfonías, y verá los tesoros más preciados que el Continente tiene para ofrecer. Será una experiencia cultural que definirá el resto de su vida.

Santo. Cielo. La Fortuna ha vomitado en grande frente a mí en la forma del señor Lockwood.

Cuando mi cicerone cierra la puerta, mi padre extiende el brazo hacia mí y yo me estremezco sin querer hacerlo, pero él solo toma el brandy del aparador y lo aleja de mi alcance. Dios, tengo que tranquilizarme.

–Esta es *la última oportunidad* que te doy, Henry –dice él; un poco de su antiguo acento francés se asoma, como siempre cuando la fuerza de su temperamento se incrementa. Esos dejes suaves en las vocales suelen ser mi primera advertencia, y contengo el impulso de alzar las manos para atajarme.

»Cuando regreses a casa, comenzaremos con la administración de la propiedad. Juntos. Vendrás a Londres conmigo y observarás los deberes de un lord allí. Y si no puedes regresar con nosotros con la madurez suficiente para eso, entonces ni siquiera regreses. No habrá ningún lugar para ti en esta familia ni en nuestras finanzas. Quedarás fuera.

Puntual como un reloj suizo, la desheredación asoma su horrible cabeza. Pero después de años de amenazarme con eso (*arréglate, ponte sobrio, deja de permitirles a los muchachos que entren por la ventana a tu habitación a la noche o atente a las consecuencias*), por primera vez, ambos sabemos que ahora lo dice en serio. Porque hasta hace unos meses, si yo no heredaba la propiedad, él no tenía a nadie que pudiera mantenerla en la familia.

En el piso de arriba, el Goblin comienza a llorar.

–Indica que me comprendes, Henry –exige mi padre con un chasquido y yo me obligo a mirarlo de nuevo a los ojos.

–Sí, señor. Lo comprendo.

Él suelta un largo suspiro, y aprieta los labios con el gesto decepcionado de un hombre que acaba de verse irreconocible en un retrato de sí mismo hecho por encargo.

–Espero que algún día tengas un hijo que sea tan parásito como tú. Ahora, tu carruaje espera.

Me pongo de pie de un salto, listo para librarme de esa habitación sofocante. Pero antes de que pueda alejarme, padre agrega:

–Una última cosa –volteo con la esperanza de que hablemos desde lejos, pero él tuerce un dedo hasta que consiento regresar a su lado. Es difícil estar cerca de él sin sentir la necesidad de protegerme. Mira hacia la puerta, a pesar de que Lockwood se ha marchado hace rato, y después me dice en voz baja–: Si siquiera percibo la más mínima señal de que has estado haciendo tonterías con muchachos, ya sea mientras, durante o una vez que regreses del viaje, te desheredaré. De modo permanente. No hablaremos más al respecto.

Y esa es toda nuestra despedida.



AFUERA, EL SOL AÚN SE SIENTE COMO UN INSULTO personal. El aire está húmedo, una tormenta comienza a conspirar en el horizonte. Los setos a lo largo de la entrada resplandecen en las partes cubiertas de rocío; las hojas voltean hacia la luz y tiemblan cuando el viento pasa entre ellas. La grava cruje cuando los caballos la pisotean, ensillados y ansiosos por partir.

Percy ya está junto al carruaje, de espaldas a la casa, lo que me da un momento para ver, sin que lo note, su trasero; no es que sea un trasero particularmente digno de atención, pero es de Percy, lo que hace que valga mucho más la pena observarlo. Está dándole indicaciones a uno de los maleteros que carga lo que queda de nuestro equipaje que ha sido enviado con antelación.

–Lo llevaré conmigo –está diciendo Percy, con los brazos extendidos.

–Hay lugar para guardarlo, señor.

–Lo sé. Es solo que preferiría llevarlo conmigo.

El maletero se rinde y le entrega a Percy el estuche de su violín, la única reliquia que le quedó de su padre, y él lo abraza como si estuviera preocupado de no volver a verlo.

–¿Se han ido tus tíos? –pregunto mientras atravieso la entrada hacia Percy, y él alza la vista y deja de acariciar el estuche.

–Sí, tuvimos una despedida decente. ¿Qué quería tu padre?

–Ah, lo habitual. Me dijo que no rompiera demasiados corazones –me frotó la sien. El dolor de cabeza está taladrándome detrás de los ojos–. Cielos, cuánta luz. ¿Partimos pronto?

–Allí están tu madre y Felicity –Percy señala con la cabeza los escalones de la entrada, donde las siluetas de las dos contrastan contra la piedra blanca, como si estuvieran hechas de recortes de papel–. Será mejor que te despidas.

–¿Me das un beso de la buena suerte?

Me inclino hacia él, pero Percy coloca el estuche entre nosotros y ríe.

–Buen intento, Monty.

Es difícil evitar que eso me afecte.

Felicity se ve amargada y nada atractiva, como es habitual, con su rostro fruncido contra el sol. Ha guardado sus gafas en un bolsillo de su vestido de Brunswick; puede que madre no lo haya notado, pero yo

puedo ver la marca de la cadena a través de la tela. Apenas tiene quince años y ya parece una solterona.

–Por favor –le está diciendo mi madre, aunque Felicity tenga la mirada clavada en el sol, como si le interesara más quedarse ciega que oír un consejo maternal–, no quiero recibir cartas de la escuela sobre ti.

Hacia tiempo que la escuela de señoritas estaba en sus planes, pero Felicity se muestra tan gruñona al respecto que uno no creería que ella hubiera pasado todos los días desde su nacimiento probándoles a mis padres que, si uno de sus hijos necesitaba civilizarse, esa era ella. Como el ser contradictorio que es, Felicity ha pasado años rogando recibir una educación y, ahora que por fin se la dan, se está comportando como una mula terca.

Madre abre los brazos.

–Felicity, dame un beso de despedida.

–Preferiría no hacerlo –replica ella, y baja los escalones hacia el carruaje.

Mi madre suspira, pero la deja ir. Después, voltea hacia mí.

–Escribirás.

–Por supuesto.

–No bebas demasiado.

–¿Podrías especificar cuánto es *demasiado*?

–Henry –dice; percibo el mismo suspiro detrás de su voz que cuando Felicity se marchó hecha una furia. De la clase que dice: *¿qué haremos contigo?* Ya estoy familiarizado con él.

–Claro. Sí. No lo haré.

–Intenta comportarte. Y no atormentes a Felicity.

–Madre, yo soy la víctima. Ella me atormenta *a mí*.

–Tiene quince años.

–La edad más despiadada.

–Intenta ser un caballero, Henry. Solo inténtalo –me besa la mejilla y después me da una palmada en el brazo como lo haría con un perro. Su falda cruje por el roce contra la piedra cuando regresa a la casa, y yo camino en dirección opuesta con una mano en alto para proteger mi rostro del sol.

Subo al carruaje, y el lacayo cierra la puerta detrás de mí. Percy tiene el estuche de su violín sobre las rodillas y está jugando con los pestillos. Felicity está apretujada en un rincón, como si estuviera intentando alejarse lo máximo posible de nosotros. Ya está leyendo.

Me deslizo en el asiento junto a Percy y extraigo mi pipa del abrigo.

Felicity ejecuta un revoleo de ojos que debe haberle dado una vista espectacular del interior de su cráneo.

–Por favor, hermano, ni siquiera hemos salido del país; no fumes todavía.

–Me alegra que vengas con nosotros, Felicity –sostengo la pipa entre los dientes y hurgo en mi bolsillo en busca del pedernal–. Recuérdame de nuevo dónde nos permiten dejarte junto a la carretera.

–¿Quieres hacer lugar en el carruaje para los jóvenes de tu harén?

Frunzo el ceño y ella se zambulle de nuevo en su novela. Se ve un poco más presumida que antes. La puerta del vehículo se abre y el señor Lockwood trepa y se ubica junto a Felicity, y al hacerlo se golpea la cabeza con el marco de la puerta. Ella se mueve un poco más hacia el rincón.

–Ahora, caballeros, señorita –limpia sus gafas con el borde de su abrigo, se las coloca de nuevo y nos ofrece lo que se supone que es una sonrisa, pero tiene dientes tan grandes que el efecto es similar a un tiburón avergonzado–. Creo que estamos listos para partir.

Se oye el silbido de un lacayo, y después los ejes chirrían cuando el carruaje da un empujón hacia adelante. Percy se sujeta de mi rodilla.

Y así, nos marchamos.